

portancia en muchos países no desarrollados. Se agrega el análisis de "una operación de movimiento de tierras que se considera como representativa de una parte del sector de la construcción" y, añadiremos, interesa por su función infraestructural, base del "despegue" en cualquier concepción económica.

Aunque el autor afirma que "pocas investigaciones empíricas se han realizado al respecto", nosotros tenemos en la memoria la obra de Amartya Kumar Sen —*La selección de técnicas*— que el año pasado publicó la misma editorial. El hindú, aunque educado en la escuela inglesa, muestra mayor preocupación por un país subdesarrollado como el suyo. Boon, en cambio, dedica la primera parte de su libro a presentar casos particulares tomados indiscriminadamente de naciones industrializadas o atrasadas; en la segunda parte, por si fuera poco, analiza un modelo de insumo producto de la economía holandesa.

El trabajo del autor, a pesar de todo, es meritorio en tanto que profundiza en ciertos fenómenos que aportan saludables experiencias, pero sólo si son apreciadas en su valor exacto. El problema surge cuando se pretende extender recetas de aplicación general partiendo de modelos estáticos sacados de economías opulentas. No es cuestión —como sugiere Boon—, de añadir ciertos condimentos nativos con miras a la optimización, para llegar a resultados aplicables en cada lugar.

La imposibilidad es obvia. La diferencia tecnológica es tan grande entre un país industrializado, digamos Holanda, donde se elaboró el estudio y cualquier nación subdesarrollada, que lucubrar en torno a las alternativas que presenta una serie de sustituciones de maquinaria —toda ella modernísima— y la fuerza de trabajo —enormemente capacitada—, no puede ser más que estéril y hasta criminal en estas regiones donde no resta más que aceptar la triste realidad y transformarla.



filosofía y actitudes

Por Alejandro Herrera Ibáñez

Quizá no esté entre las revistas más leídas *Diánoia*, anuario publicado ininterrumpidamente desde 1955 por el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. La seriedad y especialización de sus artículos hablan de la alta calidad de esta publicación que, si bien —por su propia naturaleza— no está destinada a un público general, no debe pasar desapercibida por el lector que desee entrar en contacto con temas filosóficos.

En el número 15, correspondiente a 1969, figura un artículo que, por el tema abordado, resulta ser de especial interés para quien desee internarse un poco en la tarea de señalar los límites que separan a la filosofía en sentido amplio de la filosofía en sentido estricto. Me refiero al trabajo del doctor Fernando Salmerón: "La filosofía y las actitudes morales".* El propósito aquí perseguido por el doctor Salmerón es mostrar la relación existente entre el concepto de actitud y la sabiduría o concepción del mundo. Para ello dedica una buena parte de su trabajo a la elucidación del concepto de actitud. Aborda también la tarea de distinguir la filosofía como expresión de una actitud de la filosofía en sentido estricto, y de señalar someramente la función de esta última frente a las actitudes y sus expresiones. Fundamental es también la identificación llevada a cabo por el autor entre los conceptos de actitud y de actitud moral.

El análisis del concepto de actitud es realizado con gran penetración. Para ello el autor no vacila en acudir a los resultados que sobre dicho tópico ha arrojado la psicología. Figuran en esta parte del trabajo los nombres de James, Koffka, Washburn, Freud, Thurston, Thomas y Znaniecki, Allport, etc. Pero lejos de limitarse a la enumeración de teorías más o menos acertadas, hace a éstas en el lugar oportuno las observaciones pertinentes. Importantes son las diferencias fundamentales que establece entre actitud y método, y la caracterización de aquella como teniendo por fuente las emociones y como siendo dependiente de los estados efectivos. No hay actitudes si no hay emociones, pero unas son bien distintas de las otras. La actitud es una disposición a actuar de cierto modo frente a diversas circunstancias; hay en ella al mismo tiempo permanencia y adaptabilidad. Las emociones, por su parte, no deben identificarse con la irracionalidad pura, y es preciso reconocer que en ellas hay un elemento cognoscitivo, elemento que se refleja a su vez en las

expresiones doctrinales de las actitudes. Además, éstas no sólo constituyen una disposición para actuar en cierto sentido. Quien sostiene una actitud, no está solamente dispuesto a actuar, sino también a justificar sus acciones. Es aquí donde se advierte que la moralidad es un constituyente inseparable de toda actitud. Es, por tanto, un error pensar que las actitudes morales son unas entre tantas otras; más bien, no existe actitud que no sea moral, puesto que observar una actitud es comprometerse a determinado tipo de acción; y de este compromiso a su justificación no hay más que un paso. Pero las actitudes, dice el autor, no nos llevan al conocimiento, por más sabias y elaboradas que sean; nos llevan, en cambio, a creer, y a la creencia no se llega por un camino válido para todo sujeto.

Las actitudes surgen de determinadas emociones y estados afectivos, y se expresan en sistemas más o menos coherentes que constituyen una concepción determinada del mundo. Es aquí donde se sitúa la filosofía en su sentido amplio y donde resulta verdadera la frase de Fichte: "Qué clase de filosofía se elige, depende de qué clase de hombre se es..." Esta filosofía, entendida como concepción del mundo, no es sino la expresión de una actitud moral. El filósofo, en este sentido, no hace sino dar expresión, en el lenguaje, a una actitud. No siendo las actitudes irracionalidad pura, el elemento cognoscitivo que en ellas se da, hace posible plantear el problema de su justificación y, por tanto, hace posible igualmente la elaboración de argumentos encaminados a la justificación de la actitud adoptada. Esto es lo que hace posible la discusión e inclusive el recurso a la información científica, aunque en rigor ni las actitudes ni sus expresiones doctrinales puedan fundarse. Los criterios para decidir sobre la mayor o menor justificación de una actitud son varios, por ejemplo, su ajuste con las condiciones de la realidad, su relación con conocimientos empíricos corroborados, y el carácter no contradictorio de sus creencias. A esta tarea de justificación se abocan las expresiones doctrinales de las actitudes, pero tratando además de presentar sus justificaciones como verdaderas. Y aquí es donde tiene cabida, con su labor crítica, la filosofía en sentido estricto. Ésta, a diferencia de la filosofía en sentido amplio (concepción del mundo) renuncia a una visión íntegra de la totalidad del universo y, de manera análoga a la de las otras ciencias, se circunscribe a un saber objetivo y fragmentario, en apariencia modesto, pero que, por su método de argumentación crítica, se sitúa en

* Fernando Salmerón: "La filosofía y las actitudes morales", *Diánoia. Anuario de filosofía*, México, Año XV, 1960, No. 15, p. 216-44.

la línea de la más pura tradición filosófica. Al mismo tiempo, desligándose de toda actitud, se hace apta para conducirnos a determinados conocimientos. Para ello tiene que distinguir claramente su labor de la de los moralistas y metafísicos, negándose a presentarse como creadora y defensora de los ideales de la humanidad; pero sin tratar de suprimirlos, es decir, sin intentar desvanecer la diversidad de actitudes y de concepciones del mundo. La justificación de una actitud nunca es, sin embargo, completa, pese a los criterios existentes, pues siempre se llega a un conjunto de normas que no se ponen en cuestión, y se plantea el problema de justificar el acto de haber elegido un determinado conjunto de creencias en vez de otro. Por consiguiente, las actitudes no pueden ser justificadas ni refutadas plenamente. Pero esto sí es posible tratándose de las expresiones doctrinales de las mismas, pues éste es el único camino para dar razones en favor o en contra de ellas. Son claras, sin embargo, las diferencias entre actitud y entre método científico. En la primera se da una primacía evaluativa, apoyada en estados emocionales del sujeto; en el segundo la primacía corresponde a los intereses cognoscitivos. Las ciencias empíricas, por otra parte, tienen como punto de partida enunciados verificables intersubjetivamente y que se refieren a sectores bien delimitados de la realidad; las concepciones del mundo, en cambio, arrancan de la totalidad de los enunciados aceptados por un individuo acerca de la totalidad de la realidad, sin otras bases que su propia experiencia, vivida.

Pero los límites entre método científico y actitud se hacen borrosos en un momento dado, cuando por ejemplo el científico llega a un estadio de la investigación en que no puede prescindir de juicios de valor; tal es su situación al verse en ocasiones precisado a elegir en-

tre hipótesis diversas y excluyentes que se rozan con sus propias concepciones del mundo. Éste es, sin embargo, un caso límite que no obliga al autor a desechar las distinciones puntualizadas a lo largo del artículo. El científico sabe cuándo se mueve en la arena de las hipótesis, agregaría yo, y está consciente de su movilidad. El metafísico, por su parte, corre a la búsqueda de un conocimiento riguroso sin advertir que su propia concepción es la expresión de una actitud. Los marxistas son menos ingenuos, agrega el autor, y presentan sus doctrinas a la vez como ciencia e ideología, como conocimiento riguroso y al mismo tiempo como expresión de actitudes.

La filosofía, pues, en sentido estricto, nos brinda una herramienta utilísima para juzgar las justificaciones doctrinales de nuestras propias actitudes, que no

son sino actitudes morales en cuanto compromisos de acción. Mediante el análisis nos mantiene siempre conscientes y alertas ante la complejidad de nuestras concepciones y nos lleva a poner en cuestión, de manera definitiva, el carácter absoluto de las doctrinas últimas de justificación moral y de las concepciones del mundo.

Profundo y serio, este artículo del doctor Salmerón constituye una fuente de reflexión para todo aquél que no vea con claridad la distinción entre "su" filosofía, expresión de su actitud, y la filosofía como examinadora crítica de las concepciones del mundo y, en última instancia, de las actitudes. Esperamos ver pronto la obra que el doctor Salmerón tiene en preparación, probablemente titulada *Ideología y análisis*, y en la que, entre otros temas, ahondará sobre las relaciones entre actitud y creencia.

función y objeto de la ontología de lukács

Por Miguel Bautista

En el volumen *Conversaciones con Lukács** se recogen las entrevistas de tres universitarios de Alemania Occidental con el filósofo húngaro Georg Lukács. Radicado en Hungría, el filósofo que ha significado una vitalización del marxismo en este siglo, vive dedicado al estudio y a la creación de nuevas obras filosóficas. Entrevistado por Wolfgang Abendroth, Hans Holz y Leo Kofler, Lukács dio algunos lineamientos de su próxima obra *Ontología del ser social* y trató temas de actualidad política y científica. Estas conversaciones, que tuvieron lugar en Hungría en 1966, se han dividido en los siguientes rubros: el ser y la conciencia, la sociedad y el individuo, ideas para una política científicamente fundada, y balance provisional.

Una cuestión básica tratada en este libro y que será tema de este comentario es la siguiente: ¿A qué denomina Lukács ontología? Lukács denomina ontología al estudio del ser en las formas fundamentales que adopta en la naturaleza y en la sociedad. "El objeto de la ontología —dice— es lo realmente existente. Y su tarea es la de examinar lo existente respecto a su ser y encontrar las diversas fases y transiciones dentro de lo existente."

En este contexto Lukács señala el hecho, apuntado primeramente por Nicolai Hartmann, de que lo "primariamente existente" es la complejidad, debiéndose estudiar esta complejidad en la naturaleza inorgánica, en la orgánica y en la sociedad. Como ejemplo de tal complejidad, apuntaba Hartmann, en la na-

turalidad inorgánica, los sistemas solares y el átomo.

Cuestión inmediatamente relacionada con el objeto de la ontología viene a ser la de la relación de la ontología con las ciencias particulares, descritas así por Hans Holz, uno de los interlocutores de Lukács: "Ha dicho usted que todo lo que se da primariamente en el mundo es de naturaleza compleja, citando a este respecto a Nicolai Hartmann. El problema fundamental de la ontología sería, pues, averiguar la composición de tales complejos. Ello significa que la ontología se sobrepone, por así decir, a las ciencias particulares a modo de ciencia básica, pudiendo de este modo penetrar también en los resquicios abiertos entre las diversas disciplinas y asumir una función mediadora entre ellas."

Destaca también en la concepción ontológica de Lukács el método histórico genético en la investigación de lo real. La pregunta acerca de la estructura de un fenómeno natural o social nos lleva a investigar su génesis. Un ejemplo de esto lo hallamos en *El Capital* de Marx, con su investigación histórica sistemática del movimiento y surgimiento de los fenómenos económicos de una formación social dada.

Aunque es de esperar que no escaseen quienes, desde posiciones peculiares de la filosofía contemporánea objetan estos planteamientos de Lukács, nos parece de importancia capital la función y el objeto que asigna a la ontología. Esta función resalta de manera peculiar sobre todo respecto a las ciencias sociales en que se da, en ocasiones, una especialización o una fragmentación de los conocimientos que es contraria a la indudable



* *Conversaciones con Lukács*, Madrid, Alianza Editorial, 1969.